



minúsculas

Esculturas: Igor Mitoraj

Los himnos como cartas de presentación

Andrés García Londoño

Según un artículo publicado en la revista *Semana* durante los Juegos Olímpicos de 2012, el himno colombiano fue calificado como uno de los más feos del mundo.¹ No llegó a figurar en el podio en tan poco decorosa categoría, pero sí ganó diploma: quedó en sexto lugar entre los himnos de las 207 naciones del mundo, según un comentarista del periódico *The Telegraph*, siendo superado solo por los himnos de Corea del Norte, Uruguay, Grecia, España y Argelia.

El comentarista de *The Telegraph* no solo consideraba que el himno era horrible, sino que ironizaba sobre su cursilería, tomando como ejemplo la octava estrofa del himno: “La Virgen sus cabellos / Arranca en agonía

/ Y de su amor viuda / Los cuelga del ciprés. / Lamenta su esperanza / Que cubre losa fría; / Pero glorioso orgullo / circunda su alba tez”. El himno colombiano, según quien escribió el artículo, era de esos himnos que resultaba “mejor no escuchar”.

Ahora, la fealdad de una pieza musical parte sin duda de una calificación subjetiva. Y el artículo creó tanta polémica que fue eliminado del sitio web del periódico. Pero las consecuencias no pararon allí: Philip Sheppard, el compositor que se encargó de hacer los arreglos para la ejecución de los himnos en las olimpiadas, recibió amenazas telefónicas desde Colombia, simplemente por ser una de las personas mencionadas en el artículo como responsables de la ejecución de los himnos durante el encuentro deportivo.² Y lo irónico es que, al parecer, a Sheppard

en particular le gustaba el himno colombiano, por considerar que entre los mejores himnos suelen estar los operáticos, surgidos de tiempos revolucionarios.

Este texto no va a centrarse en resolver si el himno es bello o feo. Dicha pregunta tiene, a mi juicio, tan poco sentido como tratar de imponer como único modelo de belleza a las mujeres rubias o a las morenas. De lo que sí se trata es de ver el papel que juegan los himnos en la concepción de una nación. No en vano, cuando Mandela se convirtió en el primer presidente de Suráfrica, una de sus primeras acciones fue cambiar el himno. Se fusionó el antiguo himno nacional *Die Stem* con la canción bantú *Nkosi Sikelel' iAfrika*, con lo que se creó un himno con cinco partes, cada una cantada en un idioma distinto: xhosa, zulú, sesotho, afrikáans e inglés. Todo

Fundador:
Alfonso Mora Naranjo
Rector:
Alberto Uribe Correa
Vicerrector general:
John Jairo Arboleda
Secretario general:
Luquegi Gil Neira
Director:
Elkin Restrepo
Asistente de dirección:
Janeth Posada Franco

Diseñadora:
Luisa Santa
Auxiliar administrativa:
Ana Fernanda Durango Burgos
Corrector:
Diego García Sierra
Comité editorial:
Jairo Alarcón, Carlos Arturo Fernández,
Patricia Nieto, Juan Carlos Orrego,
César Ospina, Margarita Gaviria, Luz
María Restrepo, Alonso Sepúlveda, Nora
Eugenia Restrepo, Carlos Vásquez.

ello para resaltar la multiculturalidad de la “nación arcoíris” como la característica central de la nación austral.

Los franceses, por su parte, tienen otro himno muy conocido, *La Marsellesa*, de la que quizá podría decirse que es aún más operática y revolucionaria que el himno colombiano. No en vano, su título original era “Canción de guerra para el ejército del Rin”. En *La Marsellesa* —el único gran *hit* de su compositor, Claude Joseph Rouget de Lisle— se clama a los “hijos de la patria” que se apresuren a defenderla de los soldados invasores enviados por la tiranía, que “vienen a cortar los cuellos de sus mujeres y sus hijos”. Dado esto, no resulta sorprendente que el himno francés ocupara un lugar central como símbolo aglutinador de la resistencia francesa ante la invasión nazi y que el carácter galo esté muy marcado por las nociones de ciudadanía y libertad.

Lo que nos lleva a otro ejemplo. El *Deutschlandlied*, el himno alemán —cuya música es nada menos que de Joseph Haydn, como se podría esperar de la patria de Bach y Beethoven—, tiene una letra mucho menos belicosa que el francés. Llama apenas a la unidad nacional, especialmente para la defensa, y, en lugar de descripciones de degüello, destaca la necesidad de que haya justicia y libertad para todos los alemanes. Pero el primer verso del coro, “Alemania, Alemania sobre todo”, fue usado

por los nazis para exaltar la supremacía aria, en lugar de lo que el himno quería decir realmente cuando fue escrito, más de un siglo antes de la Alemania nazi: un simple llamado a la unidad alemana en un tiempo en que esta no existía como una verdadera nación, sino como una colección de pequeños Estados más o menos independientes. Dada esta asociación nefasta, no es raro que muchos alemanes nacidos después de la guerra manifiesten que preferirían cambiar de himno, para que este no les recuerde, cada vez que lo escuchan, el momento más bajo de su nación. Algo que lleva a pensar en la “solución de compromiso” de la Federación Rusa: país que decidió conservar la música del imponente himno de la desaparecida Unión Soviética, pero cambiando la letra, por lo que ya no hay menciones a Lenin o a la victoria del Partido Comunista, sino referencias a la extensión de la patria, a su fecundidad, y a la lealtad que le deben sus hijos, lo que de alguna manera lleva a recordar la muy tradicional noción de la Madre Rusia.

Entre los muchos otros casos de himnos notables que quedan sin mencionar, destaca el de Estados Unidos, un país que no tuvo himno oficial por casi siglo y medio. Aunque dicha nación se independizó en 1789, “La bandera tachonada de estrellas” (*The Star-Spangled Banner*) no fue declarada himno nacional sino hasta 1931. La letra en sí ya

tenía más de medio siglo, pues el abogado Francis Scott Key, quien la escribió, quiso hacerle un homenaje a la defensa del fuerte McHenry frente a la ciudad de Baltimore durante la guerra de 1812 con Inglaterra, lo que encierra una paradoja, pues al parecer la música fue tomada de una melodía escrita por un inglés. El trasfondo es tan bélico como el de *La Marsellesa*: cañones que iluminan la noche, bombas estallando, arrogantes hordas enemigas que ensucian el suelo patrio con sus pies. Pero, gracias a la valentía de los defensores, en la mañana aún ondea la bandera tachonada de estrellas sobre “la tierra de los libres y el hogar de los valientes”.

Todos estos casos nos llevan a hacernos una pregunta: no será que en lugar de hablar de si el himno colombiano es bonito o feo, habría que hablar de qué tan adecuadas son hoy para describirnos como nación las dos características que destacan de su letra: la primera, la reiteración de la fe católica como principal factor de la identidad nacional —según el himno, al parecer casi que el único—, y la segunda, las imágenes de la independencia como epítome de la gloria guerrera; lo que se hace de una forma muy distinta a como lo hacen los himnos de otras naciones bolivarianas; por ejemplo, el himno de Perú, que destaca como valor central de la independencia el que esta dio paso a la paz y la unión, siendo la exaltación del trabajo el principal componente de tal himno.

Impresión: Imprenta Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia
Correspondencia y suscripciones:
Departamento de Publicaciones,
Universidad de Antioquia
Bloque 28, oficina 233,
Ciudad Universitaria
Calle 67 N.º 53-108
Apartado 1226, Medellín, Colombia
Tél.: (574) 219 50 10, 219 50 14
Fax: (574) 219 50 12
revudea@quimbaya.udea.edu.co

Página web:
www.udea.edu.co/revistaudea
Versión digital
www.latam-studies.com
http://oceanodigital.oceano.com/
Publicación indexada en: MLA,
Ulrich's, CLASE
Canje: Sistema de Bibliotecas,
Universidad de Antioquia
Bloque 8, Ciudad Universitaria
E-mail: canjebc@caribe.udea.edu.co
Licencia del Ministerio de Gobierno
N.º 00238

La Revista Universidad de Antioquia no se hace responsable de los conceptos y opiniones emitidos en los artículos, los cuales son responsabilidad exclusiva de los autores.

Por todo eso, en lugar de perdernos en discusiones acerca de la estética de nuestro himno —es decir, sobre si la tarjeta de presentación de nuestra nación debe estar troquelada o no—, habría que hablar sobre su contenido. Preguntarnos como nación si los valores que resalta esa letra son los que deben definir a la Colombia del siglo XXI, o si habría que seguir el ejemplo de Suráfrica o de Rusia y darle otro carácter: uno, por ejemplo, que destacara la necesidad de la tolerancia, el anhelo de la paz, la multiculturalidad de Colombia, o el respeto a la riqueza ecológica, que tan necesarios son ahora, a comienzos del tercer milenio, para que nuestra tierra pueda brindarle un futuro próspero a todos quienes hoy la habitan, en lugar de un nuevo ciclo de esa violencia crónica que tanto ha marcado nuestro pasado y nuestro presente. ■

agarlon@hotmail.com

Notas:

¹ <http://www.semana.com/vida-moderna/himno-colombia-feos-del-mundo/181556-3.aspx>

² <http://www.independent.co.uk/arts-entertainment/music/news/composer-who-arranged-national-anthems-receives-threats-7987568.html>

Coca

Ignacio Piedrahíta

Mi abuela tenía una mata de coca. La compró en uno de los primeros Sanalejos del Parque Bolívar, en los setenta. Era una matica de hojas verde amarillas con forma de orejas de ratón, cuyos frutos rojos eran celebrados por los pájaros con excitación de aleteos. En la terraza, junto a otras plantas medicinales, el arbusto fue creciendo no solo en tamaño sino también en fama. A partir de los rumores que comenzaban a circular en las calles, uno no podía mirar aquella mata sin darle un nuevo significado.

Un día, puesto que mi abuela me había dicho que los indígenas usaban las hojas de coca para no sufrir hambre y cansancio durante sus largas caminatas, cogí un puñado y lo estuve mascando por un buen rato. Aparte de un sabor amargo en la boca, la verdad es que no sentí nada. No sabía entonces que la coca hay que mezclarla con otra cosa para que despierten sus alcaloides, entre ellos la cocaína que lleva dentro. Se trata de una simple magia producida por ciertos compuestos de tipo alcalino, que

pueden ir desde cenizas hasta piedra caliza pulverizada.

Cada grupo indígena utiliza sus propias sustancias alcalinas según su tradición. En la Sierra Nevada de Santa Marta se usan conchas marinas trituradas. La famosa mochila arhuaca no es otra cosa que el depósito de las hojas de coca, mientras que en el poporo llevan la cal extraída de las conchas. Con un palito mojado de saliva sacan una pizca y la mezclan con las hojas en la boca para producir el efecto deseado: una estimulación leve que permite pasar muchas horas sin comer, al tiempo que la mente permanece clara y el ánimo atento. Con el palito, mientras mascan, se dedican a ampliar la boca del poporo, en un ritual que está relacionado con la fertilidad.

La mata de coca de mi abuela siguió creciendo durante toda la década de los ochenta, cuando afuera crecía una desaforada guerra por ese punto cinco por ciento de cocaína que hay en cada una de sus hojas. Si bien los indígenas habían utilizado moderadamente el poder de la coca durante siglos y quizá milenios, el mundo moderno había descubierto una manera de abusar de ella. Se sabe que, a la manera



tradicional del mambeo, los cien gramos de hojas de coca que consume un indígena al día están lejos de cualquier sobredosis, como no sea de calcio, fósforo, hierro y vitaminas A y E, complemento ideal para la alimentación en la vieja América carente de productos lácteos.

La otra historia comenzó en 1859, cuando el alemán Niemann aisló la cocaína en el laboratorio. De esta manera ya no era necesario —para decirlo con una analogía— tomar café para sentir los efectos de la cafeína. Fueron varios los tónicos que salieron al mercado en Europa con la cocaína como uno de sus ingredientes. El famoso vino Mariani prometía, entre otras cosas, *estimular y refrescar el cuerpo y el cerebro*, y traía un retrato del papa León XIII en su afiche publicitario, como uno de los grandes consumidores del elixir. Otros famosos lo usaron para estimular la inventiva, como Thomas Edison; otros más para acelerar la musa e imaginar mundos, como Verne, Wells y Zolá; y uno en particular para curar el vicioso subconsciente de sus pacientes, Freud.

Fue en este contexto donde surgió el más grande de todos los tónicos, la Coca-Cola, que durante quince años usó cocaína como parte de su fórmula. A partir de 1905, *la chispa de la vida* prefiere la cafeína como estimulante y solo usa la coca para dar sabor. Aun hoy la empresa importa la hoja, le extrae la cocaína —que le vende a laboratorios médicos— y deja el resto para el paladar de sus millones de consumidores. O sea pues que la coca, aun sin su principio activo, parece ser irremplazable para el mundo entero.

La mata de coca de mi abuela, añosa ya, sobrevivió a todo el cartel de Medellín y apenas vino



a agostarse en los primeros años del nuevo siglo. De tantos esquejes regalados y tanta bomba, no pudo más y pasó a mejor vida. A ella la siguió mi abuela. Después, alguien apareció con una mata nueva en la casa de mi tía como una especie de homenaje póstumo. Aquella recibió el regalo pero nunca se pudo acomodar a su falta de parecido con la original, repolluda por la cantidad de hojas. Era cierto, esta nueva planta no solo era más tallo que otra cosa, sino que tenía las hojas alargadas y como papelosas. De ahí que haya terminado en el balcón de mi casa.

Fiel a su figura, esta nueva planta ha aumentado en altura sin llenarse mucho de follaje, pero su levedad es bella entre otras matas que dan fondo a su flacura. Sus hojas verde limón, sin embargo, son hermosas, y aunque no da frutos rojos, echa de vez en cuando unas diminutas flores blancas de cinco pétalos. Confieso que una vez dudé de su identidad y le pregunté a un jardinero, como prueba, qué tipo de planta era aquella. Sin dudar me dijo que era *la misma* coca, pero de *otra* variedad. Cuando dijo *otra* se refería a que no es la más comercial. El caso es que ahí la tengo. La admiro y la utilizo para contarle a las visitas el mismo cuento que acabo de escribir aquí, como un tributo a la planta sagrada de nuestras montañas. Así como a mi abuela, que me la enseñó a apreciar. ■

agromena@gmail.com

Un montón de santos

Claudia Ivonne Giraldo

A santa Inés la decapitaron luego de martirizarla; santa Lucía ofrendó sus ojos; san Sebastián fue asaeteado; a san Lorenzo lo asaron poco a poco en una enorme parrilla; a santa Agatha le cortaron los senos; a san Clemente le ataron un ancla al cuello y lo arrojaron al mar. Estos son apenas algunos de los martirios que relatan las hagiografías sobre el trágico final de la vida de los mártires cristianos. Espeluznantes y adobadas con las alegorías de las leyendas, hasta hace algunos años estas lecturas fueron obligadas en colegios y escuelas como una manera de enseñar a las nuevas generaciones cuánto sufrieron estos ínclitos héroes de la fe.

Por otro lado estaban las vidas de quienes, no habiendo vivido en tiempos de persecuciones, practicaron las virtudes y mandamientos e hicieron que sus vidas fueran memorables gracias a su devoción, caridad y capacidad de sacrificio, más allá de su propio tiempo, en épocas cuando sus huesos ya eran polvo regresado al polvo. Cómo no recordar a San Francisco de Asís, enamorado del sol y de la luna, de los pájaros y de los lobos; a San Martín de Porres, el humilde herbolario; a Santa Teresa de Ávila, doctora de la Iglesia, o al magnífico San Juan de la Cruz y su *Noche oscura*.

Las vidas de los santos fueron inspiradoras lecturas en la infancia. Aún hoy continúan teniendo el aroma de un bello pero terrible cuento maravilloso en el que la intervención divina, el milagro y el sacrificio le confieren un brillo inusitado, por ejemplo, al breve lapso vivido por una jovencita virgen que murió en el martirio por defender su fe, allá, en épocas del emperador Dioclesiano.

Ingenuas, estas lecturas apelaban a la conmoción de los sentimientos a través del ejemplo edificante, para formar en valores y promover la fe católica; unos valores que para las generaciones a las que sirvieron de paradigmas fueron ciertos, hoja de ruta. Hoy, tal vez, las virtudes que hicieron a estos santos dignos de santidad ya no se practican tanto; la resignación ha pasado a ser una conducta incómoda, la caridad paternalismo, la obediencia una rendición de la individualidad. Las imágenes de madera, de yeso o de escayola que representan sus imaginados rostros se arruman en las anticuarias al lado de cuadros en donde se los ve orando u obrando prodigios. Sus ojos de vidrio son casi siempre tristes, triste la posición del cuello que enseña la yugular; las manos se extienden como para pedir o dar, algunos alcanzan los afligidos ojos al cielo.

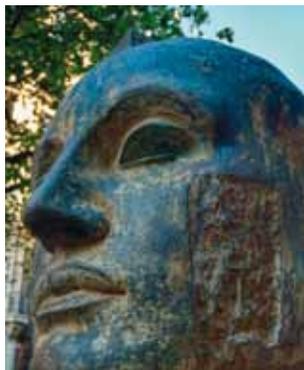
Si bien es cierto que en muchos países católicos los santos y santas siguen siendo profundamente venerados, esas devociones están cada vez más ligadas a sus supuestas potestades, a esos eventos sobrenaturales, curaciones, conversiones y milagros, y van quedando lejos sus ejemplos, sus enseñanzas. Su mundo se aleja, su mundo muere. No sin razón. Nos asiste una enorme y justificada desconfianza en una Iglesia que predica pero a veces no cumple, que sometió a sus feligreses a la condenación eterna y al escarnio por pecados que eran solo vida vivida e intensa, cuerpo con poder y con derechos, sentidos del alma. Una Iglesia despojada ya de ese enorme poder que le otorgaba el Concordato, una Iglesia a la que otras propuestas y creencias le han ido robando fieles.

No obstante, el viejo anhelo de santidad persiste, una antigua

y a la vez nueva relación con la vida espiritual, es decir, con el mundo de adentro, el del alma; esa relación profunda con uno mismo, con lo que llamaríamos el espíritu, que se resiente ante la chabacanería y la vulgaridad que campean, ante el crimen, ante la terrible certeza de la maldad escondida en el prójimo y en cada uno de nosotros.

Despojados del fervor de la gente de antaño, una iglesia de puertas abiertas nos llama con su irrevocable semejanza con el alma, en donde también aún arden velas encendidas. Las imágenes de los santos, pacientes sobre sus peanas, nos interrogan. Al salir, gente común, una señora con una niña de la mano, un joven que lee en el parque, una anciana que sonrío, responden sin querer que la santidad hoy es nueva y alegre, que se va al mar a defender a las ballenas, viaja por el mundo para promover los derechos humanos, los derechos de los animales, el ecologismo —el nuevo valor de la ética del siglo XXI— a alegrar a los enfermos, a practicar las viejas y nuevas obras de misericordia. Están por todas partes, y tal vez, más adelante, alguien escribirá sobre sus vidas y sus obras para ejemplo de una humanidad que nunca dejará de buscar alma adentro. U

claudiaivonne09@gmail.com



Sobre erotismo y literatura

Luis Fernando Afanador

El brasileño Rubem Fonseca es para mí uno de los mejores escritores eróticos. Y qué curioso: nunca describe las relaciones sexuales. Su lenguaje tampoco es propiamente erótico. ¿Cuál es el secreto? Que logra transmitir como nadie la intensidad y la inminencia del deseo. Sus personajes parecen a punto de enloquecer si no concretan una relación sexual: “Cuando veo una mujer, me dan ganas de gritar”, dice uno de sus tantos libertinos. El sexo se consume pero no es narrado, ocurre en la trasescena. Y vuelve el deseo, siempre, como el mar eternamente recomenzando.

¿Hay algo más ridículo que la descripción de los órganos sexuales? Creo que las peores páginas de la literatura universal son esas. Quien habla de penes y vaginas inefablemente termina en metáforas de pájaros y azadones, de grutas y de surcos. El naturalismo nunca ha sido muy afortunado en la literatura erótica.

En mi jerarquía de preferencias siguen los japoneses. Siempre he admirado la forma como los escritores japoneses se acercan al tema del sexo. Podemos encontrar violencia, perversidad e incluso cierta sordidez, pero nunca hay vulgaridad porque nunca pierden la elegancia ni la belleza. Ni siquiera alguien como Yasutaka Tsutsui, que *En los hombres salmonela en el planeta porno* podría haber cruzado la delgada línea entre el erotismo y la pornografía. Se me ocurre una explicación: ellos tratan el sexo como si se tratara de algo todavía sagrado. Kawabata, Mishima, Murakami y una nueva sorprendente escritora, Hiromi Kawakami, que en su libro de



cuentos, *Abandonarse a la pasión*, nos muestra el sexo desde la perspectiva de una mujer. Y bueno, también pienso en dos películas extraordinarias: *El imperio de los sentidos* (Nagisa Oshima, 1976) y *La mujer de la arena* (Hiroshi Teshigahara, 1964). Entonces, no es solo la literatura, son todas sus representaciones artísticas las que abordan el sexo como una ceremonia, como un ritual. Por algo decía Confucio: “Nuestro cuerpo, de pies a cabeza, es un regalo de nuestros padres, y debemos protegerlo de cualquier mal para demostrarles nuestro respeto”.

Bataille tenía razón. Sin prohibición no hay erotismo. Si el sexo no es sagrado se vuelve insulso, banal. Por eso hay más erotismo en un convento que en un show de *striptease*. Sin la transgresión, el sexo se convierte en mera gimnasia. Encontramos

mayor erotismo en las películas de antes, en las que estaba prohibido mostrar lo que hoy en día no falta: la imprescindible escena del coito y sus preámbulos. ¿Puede haber escenas más eróticas que las que hay en *La ventana indiscreta* de Hitchcock o *Tristana* de Buñuel? Mirar es obsceno y peligroso a lo largo de *La ventana indiscreta*, pero llega a su clímax cuando la cámara hace un paneo por la espalda inacabable de Grace Kelly. Los placeres de la vista, “la historia del ojo”, el gran erotismo, como lo sabía Bataille. En *Tristana*, luego de que Fernando Rey ha esperado pacientemente —y nosotros con él— para acostarse con la joven y casta Catherine Deneuve, y al fin consigue llevarla a la alcoba, no nos dejan entrar, el voyerista que somos recibirá un portazo de Fernando Rey en plena cara. Todo lo que ocurra allí quedará al libre albedrío de nuestra afiebrada imaginación.

Qué aburrido es el sexo explícito. Una prueba de lo lamentable que puede llegar a ser el sexo sin misterio es *La vida sexual de Catherine*, de la francesa Catherine Millet. En este libro, que tuvo bastante resonancia hace algunos años, ella se convierte en una máquina de follar (por cierto, menos eficaz que la de Bukowski). No, no es una exageración: se pueden contar 49 hombres que la han “penetrado”. Pero ojo, los 49, según sus propias palabras, se refieren únicamente a aquellos a los que se les puede “atribuir un nombre” o darles cierta identidad. Porque los otros son incontables, “se confunden en el anonimato”. Sexo en todas las formas posibles: oral, anal, vaginal. Y, no sobra la aclaración, simultáneo y con masturbación incluida: Catherine no deja sus manos quietas. Y sexo en todos

los lugares: en parques, en automóviles, en camiones, en restaurantes, en baños públicos y, por qué no, en apartamentos y casas. No se ha dicho, pero resulta fácil inferirlo: Catherine practica el sexo en grupo, la orgía o, como se conoce en francés, la *partouze*, que es una reunión sexual o fiesta libertina que engloba a las anteriores.

Catherine no es una prostituta, aunque alguna vez lo intentó y solo consiguió la más triste de sus felaciones: su única frustración. Tampoco es masoquista o enferma sexual. Por el contrario, una respetable crítica llegó a decir que ella reivindicaba el derecho de la mujer a ser mujer-objeto. ¿Pornografía? Para nada. Sus confesiones son un alarde de cartesianismo: racionales, bien escritas, frías. Tienen “la mirada fría de un perfecto libertino”, como dijera el Marqués de Sade. Luc de Vallon, del diario *Liberation*, afirmó que Catherine Millet cuenta su vida sexual clínicamente, a la manera de una entomóloga. Si fuera pornográfica no la habría publicado una editorial tan seria —*très littéraire* y de *qualité*— como Anagrama.

¿Qué aporta esta obra? Después de la página noventa y pico, un gran aburrimiento. El reiterado desfile de “pollas” y copulaciones *ad infinitum* —lo digo sin ningún tufillo moralista— se convierte en una monótona y previsible gimnasia: es el libro menos erótico que uno pueda imaginarse. Vargas Llosa sostiene —tesis que comparto— que no existe gran literatura erótica, lo que hay es erotismo en grandes obras literarias. La literatura especializada en erotismo y que no integra lo erótico dentro de un contexto vital es muy pobre: “Un texto literario es más rico en la medida en que integra más niveles de experiencia”.

Un ejemplo, entre muchos, sería el hermoso capítulo “La noche de Walpurgis” en *La montaña mágica* de Thomas Mann.

Como todos los que hacen mala literatura con el sexo, Catherine Millet se defendió en su momento tachando a sus críticos de moralistas y resaltando el valor progresista de su propuesta frente al “avance de las corrientes conservadoras”. Siempre terminan asemejándose a los grandes libertinos del siglo XVIII que hicieron de la transgresión sexual un instrumento de lucha por la transformación humana y la reforma social. Por supuesto: es pretencioso. Y falso. El capitalismo ha banalizado tanto al sexo que le quitó cualquier posibilidad subversiva. El erotismo se alimenta de la prohibición y muere cuando esta desaparece. Lo de Catherine Millet, y ahora lo de *Cincuenta sombras de Grey*, de E. L. James, triste porno para señoras, no pasa de ser otro *pour épater le bourgeois*. Porque los burgueses, esos sí, no han muerto y todavía sigue siendo divertido escandalizarlos. ■

lfafanador@etb.net.co

Un elefante muerto

Paloma Pérez Sastre

*Quién te ha arrancado el espíritu
sin cantar ni danzar
en la luna nueva para devolverlo
a tus antepasados.
Dónde están los chamanes
que debieron
propiciar y desagraciar a Comba,
el padre de todos
los elefantes,
por haberte robado la vida.*

Félix Rodríguez de la Fuente

Cuando Internet empezaba a mostrarme sus capacidades y maravillas, en la página web de la *Deutsche Welle* encontré un enlace a una especie de *zooreality*. Se trataba de observar, a través de una cámara, el nacimiento de un elefante en el *Elefantenpark* del zoológico de Colonia. A pesar de que prefiero los jardines botánicos a los zoológicos, después de varios días de observar, con dificultad por la poca definición de la cámara en blanco y negro —a veces no lograba saber si la protuberancia era trompa o cola—, y con cierta vergüenza por mi indiscreción, logré distinguir, en un ambiente siempre oscuro, a la elefanta preñada, un pozo grande de agua y una paca de heno.

Algún miembro de mi familia se burló, y aun así me aficioné de tal forma a esa ventana virtual, que escribí un diario. Heidi, la directora del zoológico, me contó por correo electrónico que el grupo estaba conformado por seis ejemplares, dos hembras con sus dos hijos machos y dos elefantes adultos para reproducción. Los vi rascarse, defecar, orinar, unir sus trompas y balancearse de un lado al otro, levantando por turnos las patas delanteras con el movimiento de cabeza oscilante típico de los elefantes cautivos. Por la noche se echaban, y durante el día a veces estaban a la vista del público apostado en una terraza.

Después de casi dos años de gestación, la hembra, atormentada por el peso, se notaba nerviosa e inquieta. Yo le atribuía a la elefanta los mismos afanes y temores humanos y, a la vez, confiaba en que, llegado el momento, el instinto obraría. La cámara impúdica enfocaba sus partes traseras. Movimientos convulsivos hacia adelante anticiparon largamente un parto que al final, era de esperarse, no presencié. Vi después al pequeño mamando, y hasta llegué a preguntarme si la madre sufriría depresión posparto y cuál sería el rol del padre en la crianza.

¿De dónde provenía tan elemental interés? El elefante es un animal mítico, rico en símbolos. Como instrumento de la acción y de la bendición del cielo, un elefante joven fertiliza a la reina Maya para concebir al Buddha; en la India y el Tibet, igual que el toro y la tortuga, desempeña el papel de soporte del mundo: el universo descansa sobre el lomo de un elefante; en África, representa la fuerza, la prosperidad y la longevidad. Para nosotros, un mito de infancia: Dumbo, el Tantor de



Tarzán, el tragado por la boa de Saint-Exupéry, los de Kipling. Canciones y cuentos, ilustraciones, cómics, muñecos y peluches.

Por eso me resulta insopportable y dolorosa hasta la náusea la foto del rey de España (abril de 2012) satisfecho, presuntuoso, burdo y arrogante, con un rifle en el brazo, delante del elefante que acaba de matar. El gigante vencido, la cabeza pegada a un árbol, cuyo tronco aparece incrustado entre los magníficos colmillos de marfil. La trompa aplastada —apéndice de exquisita sensibilidad, trompeta, nariz y órgano del gusto; fino instrumento para coger hojas o bayas del piso, atomizador para los baños de polvo; y a la vez, grúa demolidora—. Ni defensa de la vida, ni caza primitiva por alimento y abrigo, ¿cómo fue capaz?

Los hindúes dicen que los elefantes no hablan porque Dios les puso la lengua al revés, pero ¿qué dice un elefante muerto? Oigo, en la voz de su autor Félix Rodríguez de la Fuente, el “Monólogo para un elefante”:

...pensando en la persona que le había descerrajado el tiro; pensando en el miedo que aquel coloso habría pasado. Aquella criatura tan inteligente como un elefante, que posiblemente después del hombre es el mamífero mejor dotado psíquicamente; que seguramente cuando vio ante sí el hombre del rifle y se dio cuenta de que aquello no era una cámara cinematográfica, las arterias y el corazón se le reventaron de espanto y todo su cuerpo se inundó con la amargura del terror, del miedo, y quizás del desprecio hacia el matador.

George Orwell, en “Matar un elefante”, cuenta que para

“no quedar como un imbécil” ante la multitud azuzante, mató un elefante en la Birmania colonial. La descripción de la caída y agonía del animal es desgarradora; inquietantes, sus reflexiones sobre la tiranía:

Fue un incidente minúsculo en sí, pero me dio un atisbo, como no lo había tenido antes, de la verdadera índole del imperialismo, de los verdaderos motivos por los cuales actúan los gobiernos despóticos. [...] A esa edad no tenía remilgos por matar animales, pero nunca le había disparado a un elefante ni había querido hacerlo. (No sé por qué, siempre parece peor si uno mata un animal grande). [...] En ese momento comprendí que cuando el hombre blanco se convierte en tirano es su propia libertad lo que destruye.

Y pensar que, en 1991, cuando recibí la ciudadanía española —un cambio de normas permitió a las mujeres emigrantes transmitir la nacionalidad a sus hijos—, tuve que jurar lealtad a ese rey sin poder, matador de osos y elefantes. Ese mismo rey débil, en una segunda foto (agosto de 2012) aparece en el suelo, después de tropezar con un escalón y caer a la entrada de la sede del Estado Mayor de la Defensa en Madrid. Cuando cae un elefante, ¿qué cae? ¿Qué cuando cae un rey?

Diez mil elefantes africanos son asesinados en un año. Sin recato, en Internet se discute cuáles son el mejor rifle y las balas más efectivas. Si el elefante —montura de Indra, fuerza “real”— sostiene el mundo, ah, qué mal está el mundo. ■

sastreperez@gmail.com



Israel, más allá de buenos y malos

Álvaro Vélez

A leer sobre el viaje por Israel, en cómic, de la dibujante norteamericana Sarah Glidden, es inevitable la comparación con la obra *Palestina*, del dibujante maltés Joe Sacco. Pero lo que hizo Sacco, en una suerte de reportaje periodístico en historieta, en la franja de Gaza y con los palestinos confinados, Sarah Glidden lo resuelve con la otra cara del conflicto palestino-israelí, mostrándonos a los judíos en la tierra prometida, y en un libro más en clave de diario de viaje.

Glidden accede a lo que llaman “derecho de nacimiento”, un programa que desde el año 2000 les permite a los judíos que viven fuera del país viajar gratis a Israel y así fortalecer su identidad religiosa (y, quizás también, su identidad nacional). El viaje se inicia con mucho escepticismo, de parte de Glidden, pero a lo largo del trayecto la autora, que, a pesar de su ascendencia judía, antes se mostraba más a favor de la “causa” palestina, se irá dando cuenta de que el conflicto es mucho más complejo que como lo pensaba desde afuera.

Con una buena documentación antes de ir a Israel, sumado a sus notas y dibujos recopilados durante su viaje de “derecho de nacimiento”, Sarah compila toda su experiencia en una

novela gráfica llamada *How to Understand Israel in 60 Days or Less* (la edición española: *Una judía americana perdida en Israel*, de Editorial Norma).

Iniciamos el viaje (marzo de 2007) de la mano de Sarah Glidden y sus veintiséis años, con una actitud de “mochilera” y con unas ganas enormes de conocer el Israel profundo. La autora, junto con otro grupo de judíos americanos, parte de Nueva York hasta Tel Aviv y de ahí es conducida por un comité de bienvenida que la acompañará durante todo el viaje por algunos kibutz, la zona norte de Israel (los altos del Golán) ganada a Siria en la Guerra de los Seis Días, hasta la mítica Jerusalén, la ciudad antigua y el último muro en pie del templo de Salomón. Todo parece una propaganda y Sarah se muestra siempre crítica en este diario de viaje dibujado, pero también nos permite acercarnos a la historia antigua y moderna de los judíos, del movimiento sionista, de la promulgación del Estado de Israel (1948) y a la actualidad del conflicto entre judíos y palestinos. Si bien el viaje de “derecho de nacimiento” parece superficial y una bella postal para los judíos fuera de Israel, Sarah Glidden nos muestra su viaje personal mucho más profundo, un periplo a las entrañas de ese pedazo de tierra que, por sus disputas, ha tenido muchas veces en vilo la estabilidad política de gran parte del planeta. Ella nos muestra todos los matices del conflicto más allá de un simple juicio de buenos y malos.

La visión femenina afianza el relato de Glidden. En ese sentido es quizás más cercano a obras en cómic como *Persépolis*, de Marjane Satrapi (la visión de una musulmana en Irán), pues la autora se manifiesta en la obra de manera fuerte, subjetiva, contra

algunas cosas con las que no está de acuerdo, e incluso llega a tener una crisis nerviosa. Pero también esa visión femenina del viaje lo hace quizás más íntimo, más personal, más emocional y sentimental, más cerca del corazón. Si bien esto también se puede ver en la obra del maltés Joe Sacco, también es cierto que el trato, en su obra *Palestina*, es más de un periodista, un poco al margen de todo el drama, mientras que Glidden se acerca más emocionalmente a su experiencia, como ella misma lo expresó en una entrevista para la Radio y Televisión Española:¹

Lo que más me impresionó fue el muro de Cisjordania [...] Reconozco que fue un *shock* ver ese muro y cómo afecta a las personas, encerrando a un pueblo con cemento y alambre de espino. Hasta que no lo vi no me di cuenta de que era una cosa muy real y no un concepto abstracto.

La novela gráfica como tal tiene otro componente inherente a su condición: está hecha en cómic. Aquí Sarah Glidden muestra también una cercanía con sus emociones y acerca aún

más al lector pues usa un dibujo sereno, con contornos en pluma y tinta, y coloreados con pincel. Nada del otro mundo, nada de grandes muestras de virtuosismo, pero eso sí, con la gráfica acorde para mostrar un Israel en su justa medida, o por lo menos el Israel que ella quiere que miremos.

Al final del viaje, como se entenderá, no hay buenos ni malos, no hay un juicio absoluto, el conflicto seguirá durante años. Pero lo que sí es seguro es que después del viaje cambia la visión de Sarah; ella no volverá a ser la misma y, por ella, el lector tampoco. Quizás nosotros habremos aprendido algo más de Israel, pero Sarah Glidden reconoce que su cambio ha sido aún más profundo:

La Sarah actual es más madura, más sabia... ve las cosas más en tonos de gris. Antes del viaje era mucho más inocente y neurótica. ■

truchafrita@hotmail.com

Notas

¹ Ambas citas son tomadas de: <http://www.rtve.es/noticias/20110520/sarah-glidden-una-judia-americana-perdida-israel/433442.shtml>





¿Todo es medicina?

Luis Fernando Mejía

Según una encuesta reciente, publicada en *El Colombiano* el 3 de junio de 2012, el 42.83% de los alumnos de 10º y 11º nivel del Valle de Aburrá quieren estudiar medicina. Esta carrera se impone, de lejos, sobre las demás profesiones, como la psicología, que al ocupar el segundo puesto en preferencias es pretendida por un 8.61%. ¿De dónde nace este sentimiento o interés desbordado por la medicina?

Si la medicina, en la definición más simple, es el estudio del cuerpo humano, sus enfermedades y curación, es posible sospechar una primera razón que explicaría la inclinación o curiosidad por continuar el saber de Hipócrates de Cos. Resulta que el cuerpo siempre está ahí. Siempre se anda con el cuerpo de arriba para abajo, desde el vientre materno hasta que los animalitos blandos, cilíndricos y alargados hacen con él de las suyas o queda reducido a cenizas. Este trajín genera apego y conocimiento.

Un cuerpo sano no se siente, parece no existir, pero son incontables los eventos donde el cuerpo se insubordina, como ocurre desde el lloriqueo del recién nacido hasta la llegada sin retorno de los achaques diarios de los titulares de todas las experiencias y nostalgias antiguas.

Lo más probable es que el niño comience a familiarizarse con el cuerpo cuando sufre hambre, o cuando una comida no corresponde a su proceso digestivo y la consabida diarrea parece destruirlo. Y lo más seguro es que el viejo, todo el día, y en las noches eternas, se ocupe del cuerpo y, yéndole bien, lo arrastre de la cama al baño, y viceversa.

El cuerpo es impaciente; cuando se altera su funcionamiento acude a todos los mecanismos de ayuda y emergencia en la lucha por regresar a su estado de normalidad. Lloro o grita o palidece o suda o enfría, es decir, prende todas las alarmas, sin cuidarse de pasar inadvertido. Cuando la masa corporal se inquieta se roba el protagonismo y es insoportable. Rápidamente hay que buscar la cura, y es ahí donde aparecen las drogas, los médicos, las clínicas y la consabida parafernalia.

El ser humano, con un mínimo de calidad de vida, primero conoce un médico, luego un sacerdote, y puede que más adelante se relacione con un abogado, con un ingeniero y, de pronto, es posible que se enfrente a un psicólogo. Un dolor de estómago persistente termina normalmente en el consultorio de un médico, quien se constituye en héroe si el paciente se alivia. Los sacerdotes llegan rápido con sus ritos pero tienden a ser incomprensibles y poco útiles;

una situación de injusticia concluye de cualquier modo sin que necesariamente haya que acudir a un abogado; de igual manera, una reparación de un edificio es resuelta en infinidad de veces por un buen albañil sin que la imaginación acuda a un ingeniero civil, y una depresión severa se ataca con una borrachera tras otra sin reconocer el valor de un psicólogo profesional.

Para un niño es fácil comprender qué hace un médico, pero no logra adivinar la labor de un ingeniero, un abogado, un sacerdote o un psicólogo. Desde niño se juega al médico, pero no al ingeniero, por ejemplo. Es más, estos párvulos son los futuros viejos que intercambiarán pastillas con sus congéneres para embolatar el tedio. La medicina es omnipresente.

Entre médicos, enfermedades y drogas, algo se aprende del organismo humano, tanto es así que la automedicación se ha convertido en costumbre. Y a veces se es exitoso en esta operación. La gente comienza a cogerse confianza y hasta llega a recetar a los demás. Muchos pueden catalogarse como médicos aficionados, “confidentes de la carne”, en palabras de Balzac. Por eso, pensar en estudiar medicina en una universidad puede entenderse como dar un paso más en unos saberes que ya se tienen y en una vocación que tempranamente ha surgido.

Es la búsqueda de sí mismo, donde el propio cuerpo hace de laboratorio.

Si hay déficit de médicos es porque no hay suficiente oferta de cupos para estudiar la carrera que puede hacer parte integral de los deseos y aptitudes de muchas personas, para las cuales la medicina no es un aprendizaje que se les impone. Es más bien un saber que se adquiere natural y pacíficamente, y, por supuesto, un proceso educativo que se disfruta. Por eso es difícil que la medicina pierda el primer puesto entre las carreras más apetecidas para estudiar, no obstante la infinidad de nuevas profesiones que se ofrecen en el mercado.

La medicina perdería su ventaja el día en que la ciencia le garantice al bípedo humano ser inmune a enfermedades generadas por el mismo organismo. Un cuerpo perfecto, resistente a todos los virus y bacterias conocidos y por conocer. Personas diseñadas genéticamente para no padecer alteraciones del funcionamiento corporal por razón de una úlcera, un cáncer, un tumor y los demás e infinitos padecimientos que atacan sin piedad el organismo. Mujeres y hombres sanos que solamente acudirían al médico por la ocurrencia de un accidente que haría inevitable hacer uso de los servicios de salud. Por supuesto, esta utopía no aparece a la vuelta de la esquina y la medicina seguirá siendo deseada por los siglos de los siglos. Pero mientras llega este paraíso, también es verdad que muchos humanos siguen siendo ajenos a las disquisiciones aquí consignadas, viven como animales silvestres: alivian solos sus enfermedades o se mueren. ¡Todo no es medicina! ■

lfmejia@udea.edu.co

Hágalo usted mismo

Luciano Peláez

[...] El mundo se uniformiza ante nuestros ojos; los medios de comunicación progresan; el interior de los apartamentos se enriquece con nuevos equipamientos [...] Y poco a poco aparece el rostro de la muerte, en todo su esplendor. Se anuncia el tercer milenio.

Michel Houellebecq

Ampliación del campo de batalla

Lentamente comienza a tomar cuerpo en el mundo una suerte de revolución silenciosa: hágalo-usted-mismo, el inefable reino de la “automanufactura”. Pero como sucede con las revoluciones de nuestro tiempo, su armadura ya no es tan ideológica como técnica. Se insinúa, pues, un vasto abracadabra de la ciencia, merced al cual cada persona podría, por lo menos en el papel, fabricar todo cuanto anhele con sus propios medios. Con sus propias manos. Como en una especie de juego invertido de Dios, el Hombre produciendo y re-produciendo cosas a imagen y semejanza de sus urgencias. De sus caprichos.

Basta sortear algunos rudimentos básicos de procedimiento y en un instante —los instantes cada vez se parecen más a los clics—, casi vano, se obtiene en casa un prototipo a escala del objetopreciado. Para ello la técnica ha debido vencer el espectro plano de las dos dimensiones y desarrollar impresoras 3D. Al poco, como en un pase de magia, la representación computarizada cobra materia y se obtiene el juguete o reloj o lámpara del caso. Hubo de imprimirse previamente en plástico líquido, incluso en madera, en fin, en materiales distintos al papel, que junto a la tiza ya corresponden a pasadas revoluciones. Algo así

como la alquimia contemporánea. Después, mandar a fabricar unidades en tamaño real y ya está: ensamblar, vender, usar, desechar. Bis.

A los escépticos el tema no les concitará mayor entusiasmo, al fin y al cabo la evolución está llena de pequeños hallazgos que en su día reclamaron la pretenciosa etiqueta “histórica”, más aún durante la liturgia de las revoluciones. También es probable que les recuerde alguna novela de Aldous Huxley. La historia, palmaria y acomodaticia, no les niega razones a los incrédulos del progreso.

Los adalides de la tecnología, por su parte, pregonan insospechados alcances sociales derivados de la Internet, como la llamada *inteligencia colectiva*, acuñada por Pierre Levy. Fenómeno de masas según el cual, a consecuencia de la inercia grupal, se eclipsan los errores y se potencian las virtudes. Como *slogan* de la sociedad, hay que reconocerlo, es harto sonoro. Así, la suma de los conocimientos individuales se entreteje y al cabo retorna a los usuarios en forma de solución o quintaescencia. ¿Una *wikisociedad*? Tal vez sea un exceso de confianza en la especie. Saber cómo se hace determinado proceso —el nudo de la corbata, una reparación, cantar, los misterios de las secuencias genéticas— será cuestión de dar con la tecla indicada en la computadora más que de prueba y error en la ortodoxa genealogía del saber.

Hasta ahora nada que lamentar. Los grupos han buscado desde siempre seguir el discurrir de la historia. Con mayor o menor fortuna. Visto con detenimiento, no es mucho lo nuevo bajo el sol: el Hombre tiene un extenso recorrido de autoabastecimiento. Solo que eran otros métodos, más orgánicos, si se quiere. Hoy,



el verdadero quiebre estriba en lo difusa que se hace la línea divisoria entre doctos y legos. Regodearse en la ignorancia parece no ser un escenario para los años venideros de globalización. Alguien tendrá la fórmula de lo por otros desconocido.

Al abrigo del hágalo-ustedismo (DIY, por sus siglas en inglés: *do it yourself*) ya se han fabricado autos. En breve serán las pequeñas piezas que componen un hogar. Chris Anderson, comentarista de la revista *Wired*, mucho ha vaticinado al respecto.

¿Estamos a las puertas de una nueva relación con el hacer? Es temprano para saltar a conclusiones. En cualquier caso, las incertezas revolotean por el aire: ¿Ante quién protestar por las pifias de un progreso dado en llamarse “colectivo”?

Más aún, muchos de aquellos productos “autofabricados” serán susceptibles de ser “personalizados”. Atrás queda la sociedad de masas, dirían de nuevo los más optimistas. El individuo como centro de gravedad del engranaje. Habrá de verse, pues, si los apuros de *Charlot* (Charles Chaplin) en *Tiempos modernos* — por cuenta de la mecanización de un trabajo que se repite hasta la saciedad en una cadena de montaje— serán una alegoría del pasado o si, por el contrario, corresponden al eterno presente. Tal parece, ironías de la vida, que el Hombre y sus manos retoman las herramientas más atávicas. ■

pelaezluciano@hotmail.com

Ser artista para amar a las mujeres

Ana Cristina Vélez

A través del dibujo, Klimt transmitió sus emociones más intensas o al menos las que más le importaban. Frente a las mujeres, su tema predilecto, Klimt se disolvía en amor y sensualidad. Se puede sospechar que leía bien la mente femenina, capacidad negada para algunos hombres. Además de despertar sensualidad, conocía las formas del amor y sabía cómo plasmar todo esto en su arte pictórico y gráfico. Por eso tuvo el privilegio de ser amado muchas veces. Se sospecha que dejó más de doce hijos, de distintas madres.

Recordemos que Klimt vivió en la época más famosa de Viena, la misma de Freud, donde se levantaba el modernismo como una gran ola que revolcaba la cultura. En esa Viena de mediados del siglo XIX se gestaban los primeros movimientos feministas, aparecía con fuerza el concepto de inconsciente y, con este, la idea de que era necesario reflexionar sobre el yo. El autoexamen era el camino para llegar a entendernos, para comprender las reglas que gobiernan nuestra psicología, la de la individualidad humana. Se hacía un intento por integrar y unificar el conocimiento y porque fuera la ciencia la que lo explicara. Se empezaron a estudiar las enfermedades mentales; nació la psiquiatría. Es que hasta el siglo XIX la medicina había sido pre-científica. En la Viena de mediados del siglo XIX y principios del XX crecía la sospecha de que los métodos de la ciencia eran el camino acertado para revelar las verdades del universo.

Arte cuyo tema haya sido el cuerpo femenino ha existido desde la prehistoria: recordemos

las venus de Willendorf. Dibujos sensuales, de mujeres desnudas, los hay en casi todas las culturas, pero estos han sido realizados para complacer a los hombres. En la obra de Klimt, la descripción del cuerpo femenino es vehículo, símbolo de su espíritu. Hay aquí un giro de actitud: Klimt quiere transmitir las formas del erotismo femenino y lo consigue.

La sexualidad de la mujer no había sido un asunto importante. Con la orden —obedece a tu marido— se saldaban las cuentas. Para Klimt lo que contaba era el placer del “otro”, el de sus modelos y amantes; y sin temor ni restricción se refería muchas veces al placer solitario. Sus obras *El beso* y *El abrazo*, pinturas sobre lienzo, alcanzan el nivel de imágenes icónicas. Para alcanzar la iconicidad hay que ser símbolo claro y definitivo de un tema emocionalmente importante. Ambos cuadros transmiten la idea de la forma como las mujeres sentimos el amor; además, satisfacen plenamente nuestro sentido romántico. Por eso las dos imágenes gustan tanto, porque inequívocamente nos placen.

En la obra gráfica de Klimt hay muchas etapas. Sin duda alguna fue un dibujante excepcional. Su etapa de dibujo clásico resuelve cualquier duda que pudiera haberse presentado respecto a su habilidad, dominio

y maestría. El gesto fue para él siempre un asunto primordial. La modelo era utilizada como símbolo transmisor de un estado interior. Después, aspectos visuales como el brillo y la textura de la piel lo entretenían, así como la mirada de la modelo que deja ver su pensamiento. Con un froto del lápiz, Klimt nos transmite la calidad del cabello sobre la almohada; con unas finas líneas, la textura de la piel; con un trazo intenso aquí que contrasta con uno tenue allá nos transmite un estado de ánimo o la dulzura de unos labios que se tensan en el momento de la seducción.

Las líneas del dibujo son contundentes. A veces van de extremo a extremo del modelo, como un corte de bisturí de un cirujano experto. Otras líneas rellenan los fragmentos necesarios para que en la mente del espectador se complete la imagen. Klimt conoce el cuerpo de memoria y muchas veces parece dibujar con los ojos cerrados. En otros dibujos, las líneas sinuosas ondulan con las curvas femeninas y los largos cabellos. Las líneas cada vez más libres, más modernas de sus dibujos posteriores se van volviendo abstractas, van al corazón de su intención, a un simbolismo expresionista, que recoge lo esencial en unos pocos trazos. Las líneas pueden describir una imagen, pero también

pueden comunicar un concepto, y Klimt no desconoce esta otra posibilidad. El experto hace magia, en dos rayas te hace ver lo que ha premeditado que veas. El artista conoce cómo despertar la imaginación y sacudir las emociones. El que ha aprendido a encantarnos y a engancharnos, y no tiene que hacer ningún esfuerzo, es un iluminado, como lo fue Gustave Klimt.

Él sabía que cada mujer, con sus atributos particulares —todas los tienen— era un universo de posibilidades pictóricas que no dudó en aprovechar; por eso la fuerza de sus imágenes. Al verlas a ellas nos vemos a nosotras mismas. Es el repentino reconocimiento consciente de que en la descripción del otro vemos como en un espejo su mente, la nuestra y la del artista.

Las imágenes exitosas tienden a ser explotadas profusamente. El empleo desmedido de los elementos decorativos utilizados por Klimt en sus pinturas ha terminado cubriendo toda clase de superficies, desde pocillos y platos hasta toallas. Pero no es culpa suya, es culpa del comercio, y si la novedad ha decaído es por causa de la repetición, lo cual no quiere decir que no haya sido un artista genial, y su obra, extraordinaria. **U**

velez.caicedo@gmail.com

